



## PRÓLOGO

**E**MPRESA difícil es, á la verdad, escribir la vida de un Santo. Lo primero que en el escritor requiere es tener el corazón lleno de amor de Dios y de caridad para con el prójimo, y ya por sólo este concepto jamás me hubiera atrevido á tomar parte en la vida del P. Claret, á quien siempre he mirado como á un santo, á no habérmelo ordenado la Obediencia. Para penetrar en el alma de los santos, descubrir la sobrenatural belleza de la gracia que en ella resplandece, y con estilo sencillo, pero noble y majestuoso, con la nobleza y dignidad que nace de la misma grandeza del asunto, ponerla de manifiesto á los ojos de los lectores; para comprender su carácter distintivo, la unción de sus virtudes y el buen olor de Jesucristo que exhalan sus obras y acciones, y retratar este hermosísimo conjunto en la palabra, menester es, sin duda, ser también santo, porque sólo los santos entienden bien lo que es la santidad; sólo ellos, como quien lo ha experimentado, pueden pintar con vivos y exactos colores las luchas de la gracia con la naturaleza, los consuelos y dulzuras inefables que recibe el alma en sus comunicaciones con Dios, el fuego devorador que abrasa sus corazones al contemplar las maldades de los hombres, y el modo secreto y maravilloso con que el divino Amor inspira todas sus obras, que con frecuencia tiene el mundo por locuras.



El nombre del P. Claret es conocido y venerado en toda España por sus predicaciones apostólicas y por las numerosas obras ascéticas que dejó escritas. Los que en vida le oyeron recuerdan aún entusiasmados aquella palabra fácil y sencilla, de verdadero apóstol, que movía á compunción y obraba tan numerosas conversiones. Cataluña, Canarias y Cuba, teatro principal de sus Misiones, vieron en él resucitado el celo evangélico de San Vicente Ferrer y del beato Diego de Cádiz. Millares de personas amigas de oírle le seguían en sus correrías apostólicas; donde él predicaba, á muchas leguas á la redonda quedaban los pueblos desiertos, y cuando iba de un punto á otro, las plegarias de las muchedumbres que le despedían se mezclaban con los cantos de las que alegres salían á recibirle. Por todo esto, y por las Misiones que dió en casi todas las provincias de España cuando, como confesor de Isabel II, acompañaba á ésta en sus célebres viajes de verano, fué el P. Claret llamado con razón el apóstol de España, y como tal le han conocido cuantos no se cegaron con las pasiones políticas de los que tan atrocemente le calumniaron.

Mas aunque esto es verdad y contribuyó no poco á fomentar tan ventajosa opinión la Vida publicada por el Ilmo. Sr. Obispo de Segorbe, D. Francisco de Asís Aguilar, junto con otras biografías, como la redactada por un socio de la Academia de San Miguel, que es el difunto catedrático de la Universidad Central, D. Vicente Lafuente, y sobre todo el ilustrado compendio de ella, escrito por el Rdo. P. Jaime Clotet, de nuestra Congregación, acompañado de aquella hermosa colección de documentos justificativos que forman brillante aureola de santidad alrededor de las sienas del Siervo de Dios, todavía no se ha dado á conocer, á lo menos cual se merece, la vida interna y espiritual del que tan asombrosas obras llevó á cabo, ni su importancia como fundador de una Congregación religiosa tan floreciente y de tantas esperanzas para la católica España y sus colonias y para las Repúblicas americanas, como la de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, ni su influjo en las fundaciones religiosas verificadas en su tiempo, ni lo mucho que puede para con Dios, como lo prueban los numerosos milagros realizados por su intercesión y por sus reliquias.

A llenar todos estos vacíos se ordena la presente Vida, escrita

sin pretensiones literarias, pero con verdad y rigurosa crítica. Nada aseguro en ella que no esté apoyado con la autoridad de testigos irrecusables ó con documentos autógrafos que tenía á la vista al redactar lo que á ellos se refiere.

Los principales datos están tomados del Proceso informativo para la Causa de su beatificación, que está ya en poder de la Sagrada Congregación de Ritos, y cuyo original se conserva en la curia eclesiástica de Vich. Para esto hice un viaje expreso á la ciudad inmortalizada por Balmes; registré los dos grandes volúmenes de la Causa, que componen cerca de dos mil folios; examiné los muchos documentos referentes al P. Claret que se conservan en los archivos de nuestra Casa-Misión de Vich, y tomé nota de lo que me pareció oportuno.

Como deber de justicia declaro que hubiera sido para mí tarea difícilísima coordinar tantísimos documentos á no hallar casi enteramente hecho este trabajo en unas piadosas Memorias escritas por el Rdo. P. Clotet para la Vida del Siervo de Dios, que intentaba dar á luz, pero que le fué imposible llevar á cabo á causa de sus muchas ocupaciones y de los achaques consiguientes á su avanzada edad y á la vida laboriosísima con que tanto se ha señalado entre los nuestros.

Ha sido también no pequeña fortuna conservar la autobiografía del P. Claret, ó sea la Vida escrita por él mismo en 1862 para obedecer á su director espiritual, que era entonces el Rmo. P. José Xifré, Superior general de nuestro Instituto. Las cartas de los familiares del Siervo de Dios, las correspondencias de entonces y las relaciones hechas por personas fidedignas, son las demás fuentes históricas que han servido de base á esta nueva publicación.

Lejos de mí el pensar que la presente obra pueda satisfacer cumplidamente los deseos de las personas que tuvieron la dicha de tratar con el P. Claret; pero creo que no me achacarán el ridículo defecto en que incurren algunos modernos escritores convirtiendo á los santos en héroes de novela, porque nada juzgo más perjudicial y opuesto al espíritu de los santos que desfigurar su verdadera fisonomía por ataviarlos con las profanas galas de la imaginación, y pretender sustituir la belleza inmaculada de la virtud y de la gracia, que resalta en las acciones de los santos, por los adornos mundanos y postizos de la fantasía. No es menester fingir donde la verdad de las



cosas supera á cuanto se puede imaginar, ni para dar interés á la narración es lícito inventar episodios ó componer diálogos que desfiguren la verdad de los hechos: que las vidas de los santos son cosa más seria y se encaminan no tanto á deleitar cuanto á edificar y mover á los lectores á seguir los virtuosos ejemplos que dieron á sus contemporáneos, y que el escritor ha de procurar hacer revivir en sus narraciones para edificación de los que no pudieron presenciarlos.

Guiado por este criterio, nada he puesto de mi cosecha para suplir los vacíos que naturalmente ha de haber en una vida como la del P. Claret, tan complicada y compuesta de tantas y tan variadas obras á cual más importantes. Allí donde no llegan los datos históricos, lejos de hacer entrar la fantasía para cubrir la desnudez de la narración, hace sus veces la crítica severa para dejar ante todo en su punto la verdad, madre de la sabiduría. Todo mi objeto ha sido descubrir el alma del P. Claret, manifestar su corazón y los secretos resortes que le movían á obrar, tal cual se desprende de sus escritos, de los retratos que de él nos han dejado las personas que le conocieron y trataron con intimidad y de la misma naturaleza de sus obras, empapadas todas ellas en el celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

En tres partes principales puede dividirse la Vida del Siervo de Dios: abraza la primera desde su nacimiento hasta que fué nombrado para el arzobispado de Cuba, durante el cual período resalta en él la vida de Misionero. La segunda comprende los seis años, poco menos, que estuvo al frente de la metrópoli de Cuba, durante los cuales resplandecieron sus virtudes como modelo de Prelados, y, por último, la tercera parte, que empieza con la elección que de él hizo la reina Isabel II para su confesor y acaba con la muerte del Siervo de Dios y con el vivo recuerdo que con su santidad, obras y milagros ha dejado entre los hombres, es un tejido de hechos que, al paso que le atrajeron la admiración y las alabanzas de los buenos, hicieronle blanco de las calumnias de los malos y de los perseguidores de la Iglesia, labrándole sin pretenderlo la corona de mártir, que acabaron de ceñirle enviándole á morir en el destierro.

El P. Claret ha sido mirado con razón como el hombre providencial de España en nuestro siglo; él comprendió todas las necesidades de la época presente, y estimulado por el fuego del divino amor, que

ardía en su pecho, recorrió primero todas las diócesis del Principado catalán y las islas Canarias, anunciando en todas partes la buena nueva del Evangelio con el poder y la eficacia de un apóstol, y avivando el espíritu religioso, amortiguado con los desórdenes consiguientes á las guerras civiles. Disponíase á hacer otro tanto en las demás provincias de España cuando sorprendió su profunda humildad la mitra de Cuba, con que el Gobierno quiso premiar los servicios de su apostolado. Rendido á la voluntad de Dios, manifestada por el mandato de sus Superiores, bajó la cabeza y, cuanto antes pudo, surcó la mar en busca del rebaño que acababa el Señor de confiarle; pero antes había dejado ya en España semillas fecundas de su celo en la Congregación, por él fundada, de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, continuadores de su apostolado en la Península, y en el establecimiento de la Librería religiosa organizada para contrarrestar la propaganda impía y difundir por medio de la prensa la verdadera doctrina, objeto que consiguió plenamente inundando á España de buenos libros y de opúsculos religiosos, que llegaron al seno de casi todas las familias. Este fué el primer establecimiento de su género en España, debido á la actividad de un pobre Misionero apostólico que sólo contaba con los recursos de su infatigable celo.

Llegado á su destino en Cuba, mostró como Prelado la grandeza de su corazón acometiendo empresas gloriosas y difíciles, que transformaron el arzobispado é influyeron no poco en mejorar la suerte de la diócesis de la Habana. Nuevo San Carlos Borromeo, cuyos nobilísimos ejemplos tenía siempre á la vista, todo lo sacrificó por la salvación de sus amadas ovejas. Cuando llegó él á Cuba, el Seminario estaba medio derruido y sin alumnos, muchísimas parroquias sin pastor, el clero en un estado tristísimo, sin medios de subsistencia, sin instrucción y, como consecuencia natural, relajado en las costumbres; los fieles, sin asistencia espiritual y entregados á todos los vicios; apenas había en tan vasta diócesis matrimonios canónicos, y los militares y los magistrados eran los primeros en dar ejemplo de corrupción. En los pocos años que pudo consagrar al cultivo de aquella abandonada viña restableció el Seminario, que dejó en estado muy floreciente al regresar á la Península; alcanzó del Gobierno el arreglo parroquial en las diócesis de Santiago y la Habana,



con lo cual el clero pudo con decoro atender á su subsistencia; reformó las costumbres de éste con ejercicios espirituales dirigidos por él mismo; proveyó á su ignorancia con el establecimiento de las conferencias eclesiásticas; levantó en el pueblo el espíritu religioso por medio de la santa visita pastoral, que hizo unas cuatro veces en todo el arzobispado; desterró casi por completo los amancebamientos, arreglando millares y millares de matrimonios, é hizo tantas otras obras de caridad y celo que bastarían á dar gloria á muchísimos Prelados.

No fué menos prodigiosa la actividad de su celo en la capital de España cuando regresó á ella para desempeñar el espinoso cargo de confesor de S. M. católica. A él debió El Escorial, la octava maravilla del mundo, su conservación y el estado floreciente en que hoy se halla; la iglesia de Montserrat en esta corte, la magnificencia de su culto y muchas mejoras materiales, y Madrid entero le escuchó como á un enviado de Dios, y llenaba los templos en donde él predicaba, sitiaba su confesonario, le aclamaba por santo, y como á tal le veneraba al verle en las calles, corriendo todos tras él, sin distinción de jerarquías, para besarle el anillo ó tener siquiera la dicha de tocar sus capisayos. Y este grandioso espectáculo se repitió en Oviedo, León y la Coruña, en Barcelona y en Zaragoza, en las Islas Baleares, en Córdoba y Sevilla, en Cádiz y Málaga, en Burgos y Bajoz, en Avila y Segovia, en Vitoria y San Sebastián, y en todas partes adonde iba para acompañar á la Reina en sus viajes.

Conocedor de las necesidades de nuestro tiempo, fundó la Academia de San Miguel con el fin de reunir los esfuerzos de los literatos y artistas católicos y de todas las personas de influencia en favor de la verdad y de la Religión; escribió en estilo claro, sencillo y popular innumerables folletos y hojas volantes, ora combatiendo los errores del día, ora exponiendo lo más substancial de las enseñanzas y de la moral cristiana de un modo acomodado á todos los estados y jerarquías sociales. En fin, puede decirse con toda verdad que su entendimiento y su corazón, su palabra y su vida entera estuvieron siempre y en todos los instantes consagrados á la mayor gloria de Dios, y que por Él hizo lo que sin milagro apenas puede concebirse, como comprenderá el que atentamente leyere esta su Vida.

Tan incansable celo, como era natural, le acarrió las persecu-

ciones de los malos, los cuales en libelos, fotografías, láminas y con cuanto estuvo á su alcance, trataron de infamarle, levantando contra él las más atroces calumnias, cual no se han dirigido contra ningún otro Prelado en este siglo, y armándole zancadillas para echarle de la corte, en donde era poderoso obstáculo á sus inicuos planes.

En la revolución del 68, el Siervo de Dios, que en 1865 se había separado de la Reina cuando ésta reconoció el llamado *reino de Italia* por no perder la corona, emprendió el camino del destierro acompañando á la augusta destronada, en ocasión en que la abandonaron los mismos que antes con sus lisonjas y adulaciones la habían hecho faltar á su deber.

En el Concilio Vaticano fué la admiración de los Padres por la pobreza y modestia con que vivió, y en los claustros de San Adrián, que le albergaron, esparció tan suave olor de santidad que aun hoy día lo perciben los humildes religiosos que allí habitan. Después de una vida llena de caridad y celo, sólo anhelaba juntarse con su Dios, y el Señor accedió á sus fervorosas ansias llamándole para sí el 24 de Octubre de 1870, cuando las persecuciones de los hombres le habían obligado á separarse de sus amados Hijos los Misioneros de Prades para refugiarse como de limosna en el monasterio cisterciense de Fontfroide. Sobre su humilde sepultura se grabó este tan sencillo cuanto expresivo epitafio: *Dilexi justitiam et odivi iniquitatem, propterea morior in exilio.*

Por todo esto y mucho más que pudiera decirse, la Vida del excelentísimo Sr. Claret no puede menos de interesar á todos los católicos españoles, tanto más cuanto que su presencia en la corte influyó no poco en sentido favorable en los acontecimientos político-religiosos más vitales para nuestra desdichada patria. Entre las glorias religiosas de España en la presente centuria, acaso ninguna tiene tanto derecho á figurar en primera línea como el benemérito Padre Claret, inspirador ó cooperador eficacísimo de cuanto bueno se hizo en su tiempo en favor de la causa católica y lumbrera del Episcopado español por sus heroicas virtudes. Estoy enteramente persuadido que al escribir la Vida del P. Claret escribo la vida de un santo que en su día veneraremos en los altares, y en esta persuasión me acompañan cuantos le trataron de cerca y más de cincuenta Prelados que han declarado en sus cartas la opinión de santidad en que le tenían.



El Señor, por cuya gloria he empezado este trabajo, guíe mi pluma con su santa gracia para que esta Vida sirva de edificación á los fieles y contribuya á que todos alaben y engrandezcan al que es tan admirable en sus santos.

MARIANO AGUILAR,  
Misionero hijo del Corazón de María.

MADRID, 10 de Mayo de 1894.



## VIDA ADMIRABLE

DEL SIERVO DE DIOS

# PADRE ANTONIO MARÍA CLARET

Fundador de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María.

## PARTE PRIMERA

(1807 - 1849)

Su vida de Misionero: desde que nació hasta que fué nombrado Arzobispo.

### CAPÍTULO PRIMERO

NACIMIENTO É INFANCIA DEL SEÑOR CLARET, 1807-1820.

1. Nacimiento, patria y padres del Sr. Claret. — 2. Su bautismo. Sus primeras ideas y ejemplos. — 3. Su confirmación. Vida angelical con que se preparó para la primera comunión, y fervor con que la hizo. — 4. Buenas obras que le dispusieron á ser llamado al sacerdocio. — 5. Su devoción á la Virgen santísima. — 6. Primeras pruebas de su virtud.

1. No lejos de Manresa, de la ciudad que inmortalizó San Ignacio de Loyola por haber compuesto en ella sus admirables *Ejercicios*, existe una villa de cuatro á cinco mil almas que, aunque industriosa y activa, como lo restante del Principado catalán, acaso hubiera, como hasta ahora, pasado inadvertida en la historia de aquel heroico pueblo á no haber visto en ella la luz del mundo el Apóstol de España en este siglo, D. Antonio María Claret. Llámase Sallent, pertenece á la diócesis de Vich, patria de su futuro amigo y condiscípulo el inmortal Balmes, y está enclavada en la provincia de Barcelona, la más célebre y laboriosa de todo el Principado, al extremo del hermoso valle de Baijas, sembrado de huertas y viñedos, en el que campean dos antiquísimos conventos medio